ERNESTO HOMS

Una tragedia más

CUENTO DRAMÁTICO
EN DOS ACTOS

MCMXV.

UNA TRAGEDIA MÁS

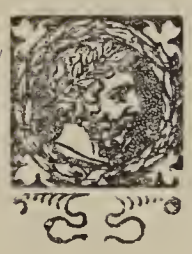
469:12

ERNESTO HOMS

UNA TRAGEDIA MAS

CUENTO DRAMÁTICO EN 2 ACTOS

Estrenado en el TEATRO PRINCIPAL de Palma de Mallorca la noche del ventidos de enero de mil novecientos quince.



PALMA

Imp. de J. Tous.-San Bartolomé, 32

1915.

OFRENDA.

A mis viejos desaparecidos.

REPARTO

PERSONAJES	ACTRICES
BEATRIZ, 24 años . . .	Antonia Arévalo.
GUILLERMINA, 30 id. . .	Concepción Villar.
BERTA, 18 id.	Rafaela Montoya
ALICIA, 19 id.	María Sevillano.
PILAR, 20 id.	Enriqueta Sevillano.
ARACELI, 28 id. . . .	Mercedes Daroqui.
SOR DIONISIA, 25 id. . .	Carmen Bens.
SOR AGUEDA, 55 id. . .	Dolores Valero.
PEPA, 30 id.	Carmen Perelló.
M. DUSE, 40 id.	Mercedes Daroqui.
EL MAGISTRAL, 60 años .	Francisco Fuentes, padre
GABRIEL LITRAN, 35 id.	Francisco Fuentes, hijo.
ARGUELLES, 55 id. . .	José de Olozaga.
SUAREZ, 63 id. . . .	Leopoldo Cinca.
JAVIER BELLO....., 33 id.	Luís Agudin.
ANTON, 60 años. . . .	Manuel Hoces.
BOTONES, 15 id. . . .	Salvador Marin.

ÉPOCA ACTUAL, EN PALMADEMA

Derecha e izquierda las del espectador.

ACTO PRIMERO

Decoración

Zaguan de un palacio que albergó generaciones prestigiosas y que hoy, muy solemne, muy patinado, siempre que carece de inquilinos, está a merced del primer transeunte que lo prefiera... Abovedado el techo de ese zaguán. Del centro del mismo pende un viejo fanal. Los muros, blancos. Modernamente han sido suplementados por un zócalo de azulejos. En el foro, un ámplio vano que un arco rebajado define y que permite el acceso tanto a la vivienda como a una terraza estrecha que unos balustres de marmol, que el tiempo matizó de un tono de oro, limitan. Recae la terraza a una plazuela en absoluto olvido y en absoluto silencio. Un añoso castaño de Indias hace más densas la soledad, el misterio y la calma de la plazuela. Al fondo se adivinan dos callejas que se bifurcan. Vieja casona blasonada entrambas callejas, hermética en sus huecos, tostada en sus herrajes, apenas frecuentada, a la que solo deben llegar una abadesa en demanda de pios socorros, el capellán que celebra todos los dias, unas señoras habi-

tuadas del Cármen o de la Dolorosa, algún viejo hidalgo tresillista y, de tarde en tarde, algún pariente alocado y risueño de los que en Madrid juran cargos palatinos...

En la terraza muchas macetas con plantas distintas cuajadas de flores. Muebles de vaqueta en el zaguán. En ambos lienzos de pared del foro dos arquillas. Cuatro puertas equidistantes. Es por la mañana. Muchísima luz. En Abril y en casa del músico Gabriel Litrán...

ESCENA PRIMERA

Sor Dionisia, Sor Agueda, Antón y luego Guillermina

Al levantarse el telón Sor Dionisia y Sor Agueda permanecen reunidas un momento en la terraza. Cuando Sor Agueda inicia el diálogo Sor Dionisia desciende de la misma y, en mitad de la escena, pronuncia su invocación.

SOR AGUEDA

Hablando hacia fuera.

¡Vamos, Antón! Un poquito más y arriba.

SOR DIONISIA

¡Ave María!

ANTÓN

Entrando por la terraza cargado de una maceta.

¡Lo que pesa la condenada!

Deja la maceta en el suelo pero en sitio visible a una indicación de Sor Agueda.

SOR AGUEDA

Vamos, hermano. No será tanto.

ANTÓN

Demostrando un gran cansancio y secándose la frente.

Dos arrobas pesa esta y es la más chica.

Lo último al tiempo de marcharse.

ESCENA SEGUNDA

Dichas, Guillermina y luego Pepa y Anton.

GUILLERMINA

Al tiempo de salir.

—¿Quién?

Al notar a las hermanas.

—Qué tal, Sor Dionisia? —¿Que tal, Sor Agueda?

Fijándose en el macetón.

¡Oh! ¡Qué bonita planta! ¿Para Gabriel?

A un asentimiento de Sor Agueda.

¡Lo contento que se va a poner mi hermano!

SOR DIONISIA

Modestamente.

—No vale la pena.

SOR AGUEDA

—Pues aguarde Vd.; que todavía faltan otras dos y algunas chucherías.

GUILLERMINA

Acercándose con las religiosas a la terraza.

¡Gracias mil, gracias mil en nombre de mi hermano! ¡Qué buen Domingo empieza para él!

Hablando hacia afuera.

Aguarde Vd. Anton. Ahora vendrá Pepa a ayudarle.

Llamando en dirección a la primera puerta lateral izquierda.

—¡Pepa!

PEPA

Saliendo inmediatamente.

—¿Qué manda la señorita?

GUILLERMINA

—Ayude Vd. a Anton a subir esas macetas.

¡Pero, qué contento se va a poner Gabriel! Siento que no esté aquí en este momento.

SOR AGUEDA

—¿No está en casa?

GUILLERMINA

No, hermana.

SOR AGUEDA

—¡Cuánto lo sentimos! Pero, en fin, ya le expresará Vd. en nombre de las hermanas nuestra alegría por su triunfo en Madrid Nos enteramos anoche. Y, ahora, a lo que venimos. Supongo adivinará Vd. que con estas frioleras tenemos la intención de corresponder a la santa amabilidad que don Gabriel ha tenido para con nosotras componiéndonos una Salve para el próximo mes de Mayo.

GUILLERMINA

—¡Lástima grande que ya no esté aquí! Precisamente hoy tendrá muchas visitas. Ha ido al vino de honor con que la sociedad de

obreros metalúrgicos festeja el estreno del himno que Gabriel ha compuesto para dicha sociedad.

PEPA

Que entra ayudando a Antón.

—¿Dónde quiere la señorita que coloquemos esta maceta y las que faltan?

GUILLERMINA

Aquí mismo. Es decir, no. Será mejor que las coloquen en el estudio. Así cuando vuelva le sorprenderá más el obsequio y, al mismo tiempo, adornará el taller hoy que es día de concierto.

Lo último a Sor Agueda.

SOR AGUEDA

Oficiosa.

Pero ¿hay concierto, hoy? Ese don Gabriel nos va a recaer de nuevo como empiece a trabajar como antes.

GUILLERMINA

No. Si es un concierto íntimo para dar a conocer los temas de una nueva sinfonía. Vienen su padrino el señor Magistral con don Leopoldo Argüelles y el señor Suarez, su maestro. Ignoro si vendrá alguien más. De todas maneras mucho trabaja el pobre. Mi porvenir le preocupa más que el suyo. De ahí que su actividad se multiplique y no se niegue a favor alguno. Hoy justamente la banda de música del batallón de Tudela le estrena un pasodoble. Nada, que, si no intervengo, ayer por la tarde le da palabra a Gregorio el pescadero de componerle un pregón.

PEPA

Entrando por el foro con una jaula que encierra dos parejas de palomas. Tambien lleva dos cajitas envueltas en papel de seda.

¿Y estas cajitas donde las pongo, señorita?

SOR AGUEDA

Aquí, esto, aquí, hágame el favor.

GUILLERMINA

—Pero ¿todavía más?

SOR AGUEDA

—Si señora. Estas cajitas contienen unos dulces que nuestra anciana hermana repostera dedica a don Gabriel.

GUILLERMINA

Batiendo palmas.

—Seguramente tostaditas de San Leandro.

SOR AGUEDA

—¡Quiá! ¡No señora! ¡Género más fino! Yemas de Santa Cecilia. Son las primeras que se elaboran, y se elaboran en obsequio de don Gabriel. Verá Vd. Estábamos todas las hermanas en la recreación hablando de don Gabriel. Cada una de nosotras daba su opinión —con permiso de la Reverenda—acerca de la Salve que don Gabriel nos ha compuesto. Ni una de esas opiniones dejó de ser entusiasta.

Aludiéndose con disimulo.

En eso una de nosotras, no se cual ahora, la más avisada, la más pronta en iniciativas, cuando se trató de la forma de corresponder a la fineza de don Gabriel, propuso, con permiso de la Reverenda, que, supuesta la afición de don Gabriel a las flores y a las palomas, se escogieran los tres macetones más floridos de nuestra huerta y las tres parejas más garridas de nuestras crías para dedicar aunque fuera un pobre recuerdo a don Gabriel. Pero en eso, la hermana repostera, como si estuviera celosilla—con permiso de la Reverenda—manifestó deseos de proponer algo. Y propuso la confección de unas yemas que llevaran el nombre de la Santa Patrona de la música y fueran expresamente elaboradas para don Gabriel. Y he ahí, en todo eso, la historia de la charla de unas pobres monjitas agradecidas.

GUILLERMINA

Con acento de gran sinceridad.

—¡Oh! Pero qué buenas son Vdes.-hermanas.

SOR AGUEDA

Devolviendo las cajas y las jaulas a Pepa.

—No merece la pena, no merece la pena.

ANTÓN

Entrando con la gorra en la mano.

—¿Mandan algo más las señoras?

GUILLERMINA

—Por mi parte nada.

A Pepa.

—Dele Vd. algo a Antón.

ANTÓN

Sin quererlo decir.

—¡Cá!, no señora, no se moleste.

SOR AGUEDA

—No se moleste Vd., no se moleste.

ANTÓN

Que a un alboroto de colleras
se habrá asomado a la calle.

—¡Ah! indinos, condenados, malas piezas. ¡Cuando os atrape, vereis!

GUILLERMINA

—¿Qué es ello, Antón?

ANTÓN

—Nada, señorita. Vd. disimule. Unos rapaces que estaban hurgando la burra.

CORO DE CHIQUILLOS

Alejándose.

¡Antón va sin resuellos
Con él va su borrica
Ya nadie da por ellos
ni una perrilla chica!
¡Antón va sin resuellos
Con él va su borrica
etc., etc.

Al final una gran algazara que se escucha a lo lejos.

ANTÓN

—¿Qué tal? ¿Hay o no hay educación?

GUILLERMINA

—No haga Vd. caso.

SOR AGUEDA

Santiguándose como su compañera.

—¡Qué desvergonzados!

ANTÓN

Despues de haber recibido una propina de manos de Pepa.

—Vaya. De salud sirva, señorita Recados a D. Gabriel.

Mutis por la balustrada.

SOR AGUEDA

—También nosotras, con su permiso, nos retiraremos.

Al irse a ausentar por el foro.

—Pero, calla. Si aquí llega mi señora doña Araceli. ¡Y de color y de color!

GUILLERMINA

—¡Hola, perezosa!

ARACELI

—Bien ¿y tu?

Ambas se besan.

—¿Y Vdes., hermanas?

SOR AGUEDA

—También buenas, gracias a Dios. A tiempo llega Vd. que iba a quedarse sola doña Guillermina.

Al tiempo del mutis por el foro a la izquierda.

—Vaya Con permiso de Vdes.

GUILLERMINA

Despidiéndolas desde la balustrada.

—Adiós, hermanas. Mis afectuosos recuerdos a la Reverenda y un millón de gracias por los obsequios.

Volviendo junto a Araceli y examinándole el vestido.

—¡Precioso! Por fin asomó el sol otra vez.

ARACELI

—¿Te gusta?

GUILLERMINA

—Que si me gusta? ¿Me permites una comparación para demostrártelo?

ARACELI

—Veamos.

GUILLERMINA

—Pues debo decirte que luego de esta primera salida de color va a pasarte lo que a las casas confortables de Palmadema: que se alquilan apenas las deja otro inquilino.

ARACELI

—Jesús, hija mía, qué exageración.

GUILLERMINA

—Ni tres meses más dura tu viudez. Con las sombras del luto ya sabes el asedio de que eras objeto. Cuanto más ahora que...

ARACELI

Riendo.

—Sí. Cuanto más ahora que en el piso han renovado los suelos y el empapelado, ¿verdad? Lo que pasa es que esta finca ha subido mucho de precio desde su último inquilino si es que no está destinada ya a museo de recuerdos.

GUILLERMINA

—No lo creas, no lo creas. ¿Vienes de misa?

ARACELI

—No. Tengo que ir todavía. Quedé con Berta en que con ella con Pilar y con Alicia nos encontraríamos aquí para felicitar a Gabriel—y yo me anticipo—y luego asistir a misa a la Catedral. ¿Y tu? Porque supongo que me acompañarás, ¿verdad? No sea cosa que mi amiga del alma no me acompañe en esta pri-

mera salida de color luego de mis tres años de eclipse.

GUILLERMINA

—Yo fuí más temprano. Desde que Gabriel está tan delicado no salgo más que lo preciso.

ARACELI

—Trabaja demasiado, Gabriel.

GUILLERMINA

—No. Si el trabajo es lo de menos. El trabajo no le tumba. Es lo otro.

ARACELI

—Pero ¿insiste, aún, en reducir a Beatriz?

GUILLERMINA

—Aún.

ARACELI

—¡Ay!, pobre Gabriel. Pero si él debe de desear que Beatriz se marche. Si Beatriz no le conviene bajo ningún concepto. Tanto mejor si se marcha.

GUILLERMINA

—Tanto mejor, hoy, no, Araceli. Tanto mejor si Gabriel la hubiera olvidado o estuviera en trances de olvidarla. Pero Gabriel sufre mucho, sufre mucho. Cuando no están sus amigos o cuando yo no logro distraerle pasa largos ratos junto al piano evocando á Beatriz. Su enfermedad última más que a otras causas obedeció a las rebeldías de ella.

ARACELI

—¿Y doña Angustias qué piensa a todas esas?

GUILLERMINA

—Qué quieres que piense la pobre señora? Beatriz es mayor de edad. Doña Angustias, aunque de hecho ha suplido como una madre la doble horfandad de Beatriz, es únicamente su tía y su tutora y por eso juzga poco delicada una intervención severa para retenerla. Teme, y con razón, que Beatriz llegue a sospechar que se esquiva hasta la rendición de cuentas. Eso aparte de que ninguna ley ni ninguna opinión declara inmoral la profesión de actriz. Y así están las cosas, Araceli.

ARACELI

—Pero, indirectamente, ¿no se podría poner remedio?

GUILLERMINA

—No acierto a qué puedas referirte.

ARACELI

—Por ejemplo: haciendo difícil cuando no imposible, aquí, la vida de la causante de todo cuanto ocurre con Beatriz y ya ha ocurrido con otras. Gabriel para eso cuenta en Palmadema con sobradísimas influencias.

GUILLERMINA

—De ningún modo, Araceli. Todos en Palmadema sabemos el trastorno que esa profesora de canto o lo que sea ha causado en muchos hogares. A todos nos consta, por lo menos en la esfera de la sospecha, que esa extranjera no tiene otra misión que reclutar desventuradas para atender a exigencias de determinada empresa de París. Pues a pesar de eso Gabriel no quiere iniciar nada en contra de esa señorona. Teme que los que ya le envidian propa-

len por ahí que ante el temor de competencias profesionales trató de perjudicar o logró perjudicar a una compañera de profesión.

PEPA

Entrando.

—Con permiso. Llegan las señoritas Berta, Pilar y Asunción con D. Leopoldo Argüelles.

ARACELI

—Qué ¿te animas? Sí, mujer, sí.

Ayudando a levantarla.

Anda, anda, sin más dilaciones

GUILLERMINA

—Bueno, sí, os acompañaré hasta la Iglesia.

A Pepa.

—A las señoritas que tengan la bondad de esperar.

PEPA

Que estará asomada.

—Aquí llegan, ya.

ARACELI

—Pues vamos aprisa que luego perdemos mucho tiempo charlando.

Mutis de todas incluso de Pepa por la puerta segundo término izquierda, precipitadamente porque ya se perciben alborotos y risas de los que llegan.

ESCENA III

Argüelles, Pilar, Berta, Alicia, y luego Pepa.

BERTA

Al tiempo de entrar como los demás, a excepcion de Pepa, por el paso de la balustrada.

—¡Uf, qué primavera esta!

Abanicándose con estrépito y con la entonación cómicamente pomposa.

—Pero, ¿no hay nadie en este castillo?

ARGÜELLES

—¡Ah de la casa! ¡Ah, del genio!

BERTA

Sin cesar de abanicarse.

—Lo que pica y deslumbra, ya, éste sol de Abril, señores.

PILAR

—Como que las flores parecen de fuego.

ARGÜELLES

—Este año nadie podrá quejarse, que habrá rosas de sobra para ser piadosas y para ser galantes.

BERTA

Que tanto con sus afirmaciones como con el abanico exagerará sobremanera su acaloramiento.

—¡Ah! de la casa, ¡Ah! de un vaso de agua fresca.

ALICIA

Escuchando.

—Callad. Parece que se oye la música militar.

ARGÜELLES

—¡Chist! Creo que es el pasodoble de Gabriel.

La música sigue escuchándose confusamente. Es un pasodoble brillante. Un momento casi es perceptible con claridad pero, en seguida, va apagándose hasta no oirse.

PILAR

—Lástima que no hayan pasado por aquí como otras veces.

ARGÜELLES

—Me dijo el coronel que pasarían por aquí a la vuelta de la Iglesia. En homenaje a Gabriel han querido estrenar la marcha en el bulevar. Tambien la tocarán esta noche a la hora del paseo.

PILAR

Con gran sinceridad.

—Lo que me alegro yo de los triunfos de Gabriel.

ASUNCIÓN

—Y yo.

BERTA

—¿Y quién, no.

ARGÜELLES

—Y con razón. Gabriel sobre ser una de las pocas personas decentes que le restan a la sociedad, es también uno de los pocos genios decentes que le restan a la gloria.

PEPA

Saliendo por la puerta segundo término izquierda.

—Dispensen los señores si no pude acudir antes. La señorita Guillermina que tengan la bondad de esperar.

BERTA

—¿Vino, ya, la señorita Araceli?

PEPA

—La señorita Araceli está con la señorita Guillermina.

BERTA

—¡Bien, intrépida Pepa. Ahora tráeme un vaso de agua fresca. ¡Uf! ¡Qué primavera ésta!

PEPA

—¿La prefiere con azúcar la señorita?

BERTA

—No, sola, sola. La prefiero aprisa.

ARGÜELLES

Que siempre que se dirije a Berta acentuará las distinciones de que la hace objeto.

—He ahí, un tema precioso para un madrigal.

BERTA

A las demás que están asomadas a la calle.

—Volved aquí, inconscientes. ¿No estais oyendo que nuestro poeta va a decirnos una cosa bonita?

PILAR

—¿Una sola?

BERTA

Nerviosa al notar que Argüelles la mira sonriente dilatando adrede la contestación.

—Vamos, hombre, ¿qué?

ARGÜELLES

—Pues sencillamente: «mujer».

BERTA

Con enfado de niña mimosa.

—¡Bah!

ARGÜELLES

—Bueno, pues mujer bonita.

PILAR

—No. Tiene razón Berta. No vale.

ARGÜELLES

—¿Por qué? ¿No es una cosa bonita una mujer bonita?

ALICIA

—Sí, pero total son dos palabras.

ASUNCIÓN

—Y Vd. que está en vena, está obligado a decir más.

ARGÜELLES

A Alicia.

—¿Dos palabras dijiste? Un poema de palabras, como una es la piedra preciosa, e infinitos los matices que destella cuando un poco

de sol la acaricía. ¡Quiere decir, tánto, mujer! Para los inocentes, madre. Para los abandonados, hermana o amiga verdadera. Para los que empiezan a tener quimeras y saben, ya, qué quiere decir madrigal, amante romántica, locura color de rosa. Para muchos, la esposa honesta que colma el hogar de descendencia y beneficios. Para algún viejo poeta, desdeñoso andariego de la vida, el remanso no sospechado, el oasis que solo creyó espejismo, el divino cansancio de un amor que le fatiga porque tiene el alma como el cuerpo a merced de las rampas de la caminata. Para mí, mujer, el recuerdo de todas mis anécdotas felices y para mí, mujer, vuestro encanto, vuestras risas, vuestras solicitudes, la santa compañía de que soy objeto, por vuestra parte, en la soledad de mi vida y en la deliciosa calma de claustro olvidado de esta ciudad, que no debiera despertar nunca de su letargo y de su ayer. ¿Comprendeis, pues, por qué es algo muy bonito esa palabra, mujer?

PILAR

—Precioso y comprendido pero no para pretexto de las habituales melancolías, ¿verdad?

BERTA

Disimulando la emoción.

—Comprendido, también, pero de ningún modo admisible. Ese no es el trato Argüelles. Usted dijo que apropósito del vaso de agua que pedí y

Enseñando el vaso de agua que e habrá servido Pepa.

que ya me consta era posible un madrigal.

ARGÜELLES

—¿Y quién lo duda?

BERTA

—Yo, por ejemplo.

ARGÜELLES

—Pues bebe y escucha:

«No enjugues esos labios que bebieron
para saciar tu sed toda rigores.
Mira que los rocíos siempre fueron
las joyas más preciadas de las flores».

PILAR

Abanicándose con estrépito.

—¡Sí que tiene razón Bertita! ¡Uf, que calor!

A Pepa.

¡Pepa! Otro vaso.

ARGÜELLES

—¿Es para la sed o para otro madrigal?

PILAR

—Para ambas cosas a la vez ¿a qué negarlo?

ARGÜELLES

—Pues antes de que llegue el agua, dame ese abanico que tanto aletea y sigue este consejo que voy a apuntarte en él.

Escribiendo en el abanico y recitando:

—No prescindas, Pilar, de este artificio
cuando él, al mirarte, pierda el juicio,

que sabe el que en amor no es tonto o lego
lo que puede la brisa con el fuego.

ALICIA

—Ahora si que será necesario pedir agua y hasta bomberos según va cundiendo el incendio.

ARGÜELLES

—¿Sientes horror?

ALICIA

—Lo que siento es un poquillo de envidia. ¿No queda una flor, siquiera, para esta mendiga de ideal?

ARGÜELLES

—Creo que sí. Escucha.

—Para tí, inútil lograr
prodigios de trovador
que cantarte es anhelar
una rosa remedar
con un papel de color.

PILAR

—Pero poeta, ¿es posible que todo eso sea de ahora mismo?

ARGÜELLES

—Te diré para convencerte, o cuando menos para contestarte, una cosa de ahora mismo. Tu pregunta equivale a interrogar al sol, si las luces que consigue al quebrarse en la piedra preciosa de que os hablara antes, son de aquel mismo momento o del día anterior.

Esta contestación la da al tiempo de escribir lo que ha improvisado, en los respectivos abanicos.

PILAR

Confusa.

A lo que yo contesto, a mi vez, que celebro extraordinariamente mi tontada que así nos ha valido esa deliciosa bizarría.

ESCENA IV

Dichos y el Magistral

EL MAGISTRAL

Que habrá escuchado desde el foro, sin ser advertido, las últimas palabras de Arguelles y la contestación de Pilar.

—¡Magnífico, magnífico! ¡Oh! manes del Renacimiento. ¡Oh! preterismos italianos ¡Oh! delicioso instante florentino el de presenciar cómo una paloma sosiega con su arrullo al águila bicéfala! ¡Salve ruiseñor de las tres primaveras! ¡Salve rosales floridos del dulce ruiseñor!

ARGÜELLES

Alegremente y adoptando como en casi toda la escena un tono pomposamente cómico.

MAGISTRAL

—¡Mi señor Magistral!

También con regocijada solemnidad.

—Un momento más, trovador. Si de gestas

os hallais ¿porqué no añadir un nuevo treno para esta bendita tierra de éste bendito clima de esta bendita mañana?

ARGÜELLES

—Porque todavía la dignidad, no le dió permiso al juglar.

MAGISTRAL

—¿Cómo nó si nuestro deseo fué mandato?

ARGÜELLES

—Pues escuchad, Dignidad. Oid princesas del ensueño. Va a deciros el juglar y el forastero, que es vuestra tierra una tierra encantadora. Euritmia toda, melodía toda. Tierra de pereza y de silencio. Tierra donde el clima es fabuloso porque es indolente y porque cambia tan sólo de postura para ser un poco más grato o un poco más propicio. Imaginad un enorme gato muellemente arrellenado junto a un ventanal antiguo que se bebiera todo el oro de una fina mañana como ésta y tendreis la imagen de esta tierra y de éste climà. Como ese gato, esta tierra y éste clima no se inmutan

más que cuando expresamente les place. Si se inquietan un poco, es para desperezarse y volverse a emperezar de nuevo. Si se alteran un poco es para juguetear acaso con el ovillo que olvidó una buena anciana, o para seguir, con ojos atónitos, el vuelo zumbón de una abeja de oro. ¡Admirable, encantadora tierra ésta!

Todos aplauden.

MAGISTRAL

—¿Y quien podría dudarlo después de escuchar al trovador? Sois apto, juglar, para todos los feudos y todas las tibias veladas medioevales.

ARGÜELLES

—Y vos, Dignidad, de la propia alcurnia de aquellos sagrados ministros que prefirieran Leon X y Julio II para pontificios encumbramientos

MAGISTRAL

—Huésped hubierais sido de Lorenzo de Médicis, juglar.

ARGÜELLES

—Y vos, modelo del Urbino, Dignidad.

A las muchachas.

—Pero ¿qué os ha extasiado de esa forma que no habeis rendido ya pleitesía al preclaro cristiano?

BERTA

Al tiempo de besar la diestra del Magistral, ejemplo que imitan las demás y en el tono pomposo que ha de informar todo el diálogo anterior.

—Perdonad, trovador. Pudo esta vez más, la admiración, que la piedad.

MAGISTRAL

Dejando el tono de voz cómicamente pomposo

—¿Y los dueños de la casa?

ARGÜELLES

—Todavía no les hemos visto.

MAGISTRAL

Después de haber consultado el reloj.

—Gabriel no puede tardar. Le ví cuando se dirigía con don Anselmo al homenaje de los metalúrgicos, hace cerca de una hora y media.

A Argüelles con quien entablará conversación aparte, mientras las muchachas se dirigen al foro para permanecer asomadas a la calle.

—¿Y, qué me dice Vd. del triunfo?

ARGÜELLES

—Yo estoy contentísimo, a pesar de ser una victoria descontada.

MAGISTRAL

—¡Con lo que se resistió a concurrir a este certamen de musica sacra! Pero, qué precocidad la de este ahijado mío! Apenas treinticinco años y ya un autor casi universal. Pero yo temo que todo se venga abajo.

ARÜGELLES

—Yo no solamente lo temo, sino que lo doy por sucedido.

MAGISTRAL

—¿Le ha hablado otra vez de Beatriz?

ARGÜELLES

—No, pero es lo mismo. Hace muy pocos días me preguntó si la plenitud de una gran felicidad no era el antecedente inmediato de una gran desventura. Su voz era triste, su gesto decaído. Yo me sobresalté ante aquellos pesimismos y procuré disipar, con unos sanos consejos, aquellos hielos prematuros. Pero él prosiguió con serenidad dolorosa en sus amargas opiniones y me afirmó que toda la tragedia humana podría muy bien resumirse en estas tres palabras: ¡Ella, siempre ella!

MAGISTRAL

—Pero, eso sería horrible. No puede ser, no será. Hay que evitarlo a toda costa. Los estados de delirio de su última enfermedad, eran,

recuerde Vd., muy alarmantes. Y, esa frase, esa frase...

ARGÜELLES

—Efecto de la amarga convicción de que todo lo de la vida está sujeto al peligroso designio de una mujer.

MAGISTRAL

—Es verdad, es verdad. ¡Ella, siempre ella! Pero lo que parece imposible es que una mujer como Beatriz.....

ARGÜELLES

—Pudo ser imposible hasta hoy, como puede, desde hoy, empezar a ser lo más corriente. Niños los artistas, juguetes las mujeres, ya puede Vd. calcular lo demás. No es el juguete más científico ni el más curioso, el que un niño suele juzgar como el mejor sino el que más le seduce que suele ser el más extravagante, cuando no el más deteriorado. De ahí la sinceridad y el desinterés de esas pasiones. Y será así, porque ya sabe Vd. que Gabriel no quiere escuchar un solo consejo en contra de Beatriz.

BERTA

Volviéndo desde el foro.

—Ahí llega Gabriel con don Anselmo. Propongo que salgamos a recibirle con nuestro trovador al frente.

ARGÜELLES

Que habrá atendido al llamamiento de Berta.

—Aceptado. Me seducen extraordinariamente estas escenas de tapiz.

MAGISTRAL

Fijo en su idea

—¡Ella, siempre ella!

ESCENA V

Dichos, Gabriel y Suárez

Gabriel llega acompañado de un grupo que le vitorea unos momentos y que enmudece cuando Berta inicia su salutación.

BERTA

Hablando hacia afuera.

—¡Gabriel Litrán! Tres corazones de mujer que alternan su culto a las sombrereras y a las grandes modistas con el culto a la alta belleza y a la alta inspiración, te ofrendan, con el más rendido de los saludos, el más exaltado de los parabienes.

ARGÜELLES

—¡Salud, Gabriel Litrán! ¡Gloria, maestro Suárez! Bien venidos, con los dos líricos, la tradición y el ahora.

Vuelven a resonar en la calle los aplausos de antes. Gabriel corresponde con unos saludos y el grupo se aleja en seguida.

ALICIA

—Conque ¿fué o no fué victoria, señor tímido?

PILAR

—Conque ¿fué triunfo o no fué triunfo?

GABRIEL

Dando muestras de cansancio y repartiendo apretones de manos.

—Gracias, gracias. Permítanme que me siente.

MAGISTRAL

—¿Y cómo ha ido ese homenaje?

SUAREZ

—¿Qué, cómo ha ido? De primera. Ahora Gabrielito nos resulta incluso un orador.

MAGISTRAL

—Pero ¿hubo plática también?

GABRIEL

—Calle Vd., calle Vd. No sé cómo salí del paso. Se empeñaron esos amigos en que les diera las gracias en parlamentario y no cupo otro remedio.

SUAREZ

—Un discurso, todo un discurso.

GABRIEL

—¡Cá! no señores. Cuatro palabras tan sólo que he procurado fueran de consuelo, no de exaltación.

MAGISTRAL

—Lo importante es que hayan complacido.

SUAREZ

—No solo complacido sino entusiasmado. Parecía como si esos obreros agradeciesen que un día siquiera se les hablara de algo que no fuera doloroso y desesperante.

MAGISTRAL

—Siempre fué el Arte el amigo de todos, la coquetería que adoptaron todas las fisonomías políticas y sociales.

ESCENA VI

Dichos y Pepa

PEPA

—La señorita Guillermina que si me hacen el favor de la hora que es.

MAGISTRAL

—Las once y media.

PEPA

Al tiempo del mutis por la derecha.

—Mil gracias, don Luciano.

MAGISTRAL

A las muchachas.

—¿Oís misa en la Catedral?

BERTA

—En la Catedral.

MAGISTRAL

—Pues no podeis perder tiempo. Pronto avisará Su Alteza.

GABRIEL

—¡Su Alteza! ¡Qué canto más dulce el de Su Alteza, ¿verdad? Cuando yo era muy niño

cada vez que oía el sonido de Su Alteza me extremecía de frío, de suave horror. Recuerdo que por ese detalle nuestra estupenda campana llegó a serle francamente antipática a mi pobre madre, Hace tiempo que anhelo un momento feliz para escribir algo que pueda tener relación con ese hermoso bronce.

SUAREZ

—Ciertamente que ello sería magnífico.

MAGISTRAL

—Pues yo puedo colaborar en tu de deseo. Yo puedo contarte la leyenda que contiene acerca de esa campana, uno de los documentos más preciados de nuestro archivo.

GABRIEL

—Pero ¿tiene leyenda Su Alteza?

MAGISTRAL

—Una leyenda y una historia más que nunca relacionadas. Leyenda e historia que suelen tener siempre la relación de la estatua y el mármol en que aquella fuera esculpida acen-

tuan más esa relación en el caso de Su Alteza. Una princesa doliente y un paladín infortunado son los protagonistas de esa historia o de esa leyenda. Un paladín de las Cruzadas que muere en olor de heroismo y una princesa desventurada que desvaría por ello y que ordena, diariamente, que la misma campana que repicaba los triunfos cristianos celebrara la fantástica vuelta del enamorado en realidad muerto y solo vivo para la princesa que creía verle llegar desde la torre mayor. Pero había lucidez en aquella cabecita rubia de la Princesa para convencerse, por un momento, de que todo era un sueño. Y era entonces cuando la desventurada rompía en copiosos raudales y en lúgubres acentos de que se impregnara. Su Alteza de la misma forma que un cristal se empaña al más leve aliento. Desde entonces el canto de Su Alteza, que a esa leyenda debe su actual nombre, dicen que es el canto insinuante y triste que a todos nos seduce. Ya verás. Dedicaremos unos cuantos ratos a traducir el bello latín de ese curioso documento.

GABRIEL

—¡Oh! sí, padrino, sí.

BERTA

—¿Son lícitas las iniciativas en las mujeres?

GABRIEL

—Naturalmente.

BERTA

—Pues yo propongo que esa leyenda pase a los dominios de la ópera por la feliz colaboración de nuestro genial Gabriel y de nuestro genial Argüelles.

TODOS

Alegremente.

—Bien, bien, aceptado.

ÁRGÜELLES

—Admirable.

A Gabriel.

—Ya puedes empezar cuando gustes, a desarrollar el último tema de la obra.

GABRIEL

—¿Cual?

ARGÜELLES

—Pues tratándose de un libreto mío, Su Alteza, antes de bajarse el telón, debe empezar a tocar a fuego, cuando menos.

BERTA

—Nada, nada, no valen excusas. Aquí se respira triunfo y hay que aprovechar. Es que todavía no se decide V. a llegar.

ARGÜELLES

—No, no. Es, sencillamente, que siempre recuerdo una copla que le sacaron a un confitero de mi pueblo que se metió a hacer pan y que dice:

—Confitero, confitero,
déjate de nuevos dengues,
deja el pan al panadero
y tú vuelve a tus merengues.

...y es que hacía muy bien los merengues y cuando quiso excederse no hacía bien ningu-

na de las dos cosas. Conque dejadme tranquilito con mi cátedra de Retórica, con mi literatura de abanico, con mis parrafadas líricas, que yo soy una avecilla de los parques de Wateau y no un águila de las cumbres de Homero.

MAGISTRAL

—Porque no se ha querido volar, gran perezoso.

ARGÜELLES

—Otro es el participio, Dignidad: Porque no se ha podido.

BERTA

—¿No ha habido bastante tiempo, acaso, para tanto poeta?

ARGÜELLES

—Todo lo contrario. No ha habido poeta bastante para tanto tiempo. Ese argumento de la falta de tiempo por tener talento, en otros términos, para llegar, es propio de los idiotas

y de los impotentes que se quieren salir de madre y no tiene más valor que aquellos de «perdóneme Vd. las faltas de ortografia porque no dispongo de más tiempo para escribir.»

GABRIEL

—A lo que yo contesto que esas gentilísisimas razones, lejos de excusarle, le comprometen más. Es necesario que el paladín infortunado y la Princesa doliente hablen de sus amores y de sus desventuras en la forma en que nuestro poeta, de su vida humilde y de lo que él llama literatura de abanico.

MAGISTRAL

—¡Exactísimo! ¡A luchar trovador!

Suenan unas solemnes campanadas

BERTA

—Y, ahora, a misa, a misa. A encomendar estas celebridades.

ESCENA VI

Dichos, Pepa que entra por el foro y Guillermina y Araceli que al tiempo mismo salen por la puerta segundo término izquierda. Guillermina se estará concluyendo de poner unos guantes.

PEPA

Con algún sobresalto.

—¡Señorito Gabriel, señorito Gabriel!

GABRIEL

—¿Qué te pasa, mujer?

PEPA

—Pues nada, señorito. Yo siento decírselo en este momento de alegría. Se trata de que me he encontrado a la Serafina a la puerta de la academia de canto y me ha dicho que la señorita Beatriz, que está firmando no sé qué, vendría en seguida, a verle.

GUILLERMINA

Con asombro y contrariedad.

—¿Beatriz, aquí? ¡Ay! mi pobre Gabriel, mi pobre Gabriel. Pero, ¿vas a recibirla?

GABRIEL

—¿Por qué no? Al fin nuestra amistad no ha hecho más que enfriarse. Pero, además, hoy que todo me está saliendo bien ¿por qué no confiar en que mi pleito con Beatriz se falle a mi favor?

BERTA

Que se habrá asomado a la calle.

—Ahí viene, ahí viene.

GABRIEL

Señalando en dirección a la puerta primer término derecha.

—Salid por la otra puerta.

GUILLERMINA

—Gabriel, mi Gabriel, muéstrate enérgico.

GABRIEL

—Marchad, marchad.

Al Magistral, a Suarez y a don Leopoldo Argüelles.

—Vds. tengan la bondad de esperar un momento en el estudio.

Mutis de los últimos por la puerta segundo término derecha.

ESCENA VIII

Gabriel y Beatriz

Beatriz entra con gran soltura. Vestirá con mucha elegancia pero con visible exageración.

BEATRIZ

Con jovialidad.

—¡Hola, artista!

GABRIEL

Ofreciéndole una silla.

—¿Tú?

BEATRIZ

—Sí. ¿De qué te admiras? Vengo al igual

que otros y otras a felicitarte por tus victorias. ¿He procedido mal?

GABRIEL

Con tristeza.

—¡Beatriz, Beatriz!

BEATRIZ

Sin perder la jovialidad y con gran coquetería.

—¿Qué, Gabriel? Pero además vengo a otra cosa. Vengo a.....

GABRIEL

—A decirme que desistes de tu proyectada locura, ¿verdad?

BEATRIZ

Friamente.

—No, Gabriel. A solicitar un favor de tu talento.

GABRIEL

Desconcertado.

—A solicitar, dices..... Luego, ya sólo necesitas de mi talento?

BEATRIZ

—De tu talento y de tu cariño, si tu galantería no basta para complacerme.

GABRIEL

Cada vez con más tristeza.

—¡Beatriz, Beatriz! Tu solo recuerdo hubiera sido suficiente para empañar mi alegría de hoy. ¿Por qué, pués, tu presencia?

BEATRIZ

Con cierta energía.

—Gabriel, ¿me permites una sinceridad? Pues bien; mi visita es de pura súplica y de pura cortesía no para insistir en cuestiones definitivamente resueltas.

GABRIEL

—Luego ¿no has cambiado de manera de pensar?

BEATRIZ

Convencida.

En absoluto. Y puesto que mi decisión es irrevocable es por lo que venía a suplicarte el favor de que te hablaba. Y ese favor es de que te enteres de unos originales que, por fin, he recibido de Madrid. Unas tonadillas clásicas y unos cuplés modernos. ¡Ps! Cosas de ese género de repertorios.

GABRIEL

Con marcado disgusto.

—Luego, ¿es cierto que vas a pretender que mi talento se ponga, acaso, al servicio de una vulgaridad?

BEATRIZ

Con una sorna que es incapaz de calcular.

—Como se ha puesto al servicio de todos y de todo.

GABRIEL

Luego de un movimiento nervioso y reprimiendo la voz

—No, no. Si yo tengo calma, sí. Yo quiero tener calma porque no quiero desesperar, porque no quiero morir, porque en convencerte me va la felicidad de mi vida. Y yo quiero convencerte porque por más que me empeñe en lo contrario yo no puedo considerarte como la mujer que nos enamora a la vuelta de una esquina o luego de un discreteo al uso, no.

BEATRIZ

—Pues ello sería lo más oportuno para los dos, que es terreno vedado para tí el de exigir austeridades de cierta índole...

GABRIEL

Con exasperación.

—Todo lo puedo exigir, todo, ¿lo oyes?, cuando no me niego a la solución que más te convendría. De manera que no pienses en argüirme como otras veces, porque quien se opone a la reparación eres tú que es quien debiera procurarla.

BEATRIZ

Con displicencia.

—¿Y tú insistes en que es reparable lo ocurrido entre los dos?

GABRIEL

—Cómo lo ha sido en todas las ocasiones de ese género.

BEATRIZ

Con dolor, ironía y frivolidad.

—¡Ah! Ese es tu error siempre que tratamos de éste asunto: confundir o reducir la cuestión, como haces. «No es el alma de la mujer un jardín donde hoy pueden lograrse unas flores y mañana otras, sino la tierra de fertilidad suma donde lo que arraiga por primera vez, después de un esmerado cultivo, es eterno.» Palabras tuyas son estas. Pero ya te he dicho en más de una ocasión que es gratitud lo que me inspiras porque fuíste el único que pudo hacerme soñar quizá desde mucho antes de ese momento en que nuestras madres se ven obligadas, con una sola confidencia, a hacernos abandonar con nuestros últimos candores, nuestras ultimas muñecas. Tus cartas y tus versos que no he de destruir nunca, consiguieron inspirarme esta sed de aventuras

que me domina y me decide. «No pueden tener dueño tu belleza y tu juventud como no pueden tenerlos las estrellas ¡ni las alboradas ni los ocasos.» ¿No te acuerdas, ya? Y así la mayoría de tus opiniones respecto de mi seducción. Y así cuando aun esta carne que tanto has cantado, que tanto iniciaste, todavía no se recataba a los ojos de todos. ¿Soy acaso responsable de que en mi fertilidad se hicieran germinar únicamente las rosas de una loca bohemia?

GABRIEL

—¡Oh!, pero eso tendría justificación en el caso de que yo con una conducta miserable te hubiera decidido a ese paso. Pero tal como están las cosas, no. Por que tú no tienes ni para tu disculpa, la necesidad de otras desdichadas, que por vejetar en un ambiente menguado lo sacrifican todo para gozar un poco de lo que ellas creen que es la vida o toda la vida. Tú no te ves impulsada, como otras, que saben, hasta lo último, lo que les cuesta un poco de bienestar. Mira, desdéñame, únete a otro hombre, sacrifica mis últimas esperanzas, pero no des ese paso. Cuando no otra cosa

recuerda, a pesar de todo, que tu madre y la mía se querían entrañablemente y no olvides que en tu hogar se quería hacer de tí una de esas mujeres que cada día escasean más. Mira que yo no puedo resignarme ni a sospechar que aquella nenita rubia que yo tuve tantas veces en mis rodillas llorando como una huérfanita, pueda abandonarse en otros brazos fingiendo como una ....

BEATRIZ

Interrumpiendo exasperada.

— ¡Basta! Lo que estás haciendo conmigo, sobre ser incorrecto es increíble. Si tus egoísmos y tus mogigaterías no logran sospecharme en otros detalles, que en esos últimos, estás de sobra calificado.

Rotunda.

—Seguiré mis propósitos suceda lo que suceda.

GABRIEL

— ¡Oh!, mi Beatriz, no desvaríes, no desvaríes. No son egoísmos ni mogigaterías los que

me colocan en esta obstinación de aconsejarte. Es que yo no sorprendo en tí aptitud alguna ni aún para lo inevitable, que trae consigo lo que te propones.

BEATRIZ

Cada vez más encolerizada.

—¡Basta, repito! Si no te merezco otro concepto que el por lo visto te merezco, todavía ganas con que no me someta a tu albedrío. Mal camino es ese de suponerme capaz de todas las atrocidades para ganar mi voluntad. ¿Para eso sirve todo tu decantado talento, para no ver más que lo que ves en mis propósitos?

GABRIEL

Luchando por no perder la calma.

—No, no, si no me harás perder la calma, no. No me hables de tus propósitos porque no quiero contestarte con demasiada claridad. Tú has elegido una especialidad artística—¡que llaman artística! —que conduce necesariamente a lo que irás a parar tú.

Transición.

Medita, mi Beatriz, medita. Si esa sed de aventuras depende de que tu alma no es una alma vulgar, los dos podremos vivir todos los romanticismos, todas las idealidades. Tú serías la preciosa muñeca de éste pobre artista. ¿No sabes? Yo te soñé una noche mía, conforme creí siempre llegarías a ser. Eras en mi estudio y en mi vida rayo de sol y luz de luna. Tú reías, tú cantabas, tú inundabas mi vida y mi estudio, de una luz muy dulce, muy suave, como esa de las aureolas de las santas imágenes.

A unas risas burlonas de Beatriz.

Sí, sí, Beatriz. No te rías, no te burles, que se trata de un hermoso sueño de amor que si tú quisieras podría realizarse. ¿Verdad que ahora, que has querido oirme meditarás con calma mis palabras antes de que sea cierto, irrevocable, como has dicho, lo que piensas hacer?

BEATRIZ

Volviendo a levantarse y con mayor impaciencia.

—Gabriel, yo comprendo que todo eso será muy sugestivo pero no me convence. Y puesto que no hemos de insistir más en esa cuestión, si estás dispuesto a ello, trataremos del asunto que aqui me ha traído.

GABRIEL

Con desventurado acento.

—¡Oh!, sí, sí. ¡Era inútil, era inútil! Ni los recuerdos sagrados, ni mis opiniones leales, ni lo que procuré que mi fantasía consiguiera pudieron nada contra tí. No tienes más que forma. No hay en tí un poco de alma para perfume de tu belleza. Naciste hermosa por la misma anomalía porque otros nacen mónstruos. Todo resbala en tí sin dejar el menor indicio. Eres como el mármol de un sepulcro: pálida y fría.

BEATRIZ

Con gran contrariedad.

—Soy lo que soy y como soy. Pero no quien ha dado lugar a esta escena. Es ya demasiado ofender y demasiado tolerar.

GABRIEL

Cada vez con más desesperación.

—¿A qué viniste entonces? ¿Por que llegaste aquí a helar éste día de satisfacciones con esa insensata desenvoltura con que hablas de tus proyectos?

BEATRIZ

Con altanería.

—Eso tenía muy fácil remedio con no haberme recibido...

GABRIEL

Deponiendo un poco su fiereza y con altanería.

—Es que en recibirte me iba la felicidad, Beatriz, y me iba también la...

BEATRIZ

Interrumpiendo.

—Sí, sí, lo de siempre, la felicidad, la vida, lo de siempre, lo de siempre.

GABRIEL

Con tranquila tristeza.

—Lo de siempre, es verdad, lo de siempre, porque mi desesperación es la de siempre, como tu crueldad es la de siempre, también. Pero además hoy existía, para recibirte, una nueva razón. Con el recado de que venías se me añadió que te hallabas en esa academia firmando no sé qué. ¿Es cierto eso? No te lo pregunté hasta ahora porque me resistía a creerlo. ¿Es verdad eso, mi Beatriz?

BEATRIZ

Sin vacilar.

—Cierto.

GABRIEL

—¿Y eso que has firmado?

BEATRIZ

—Ya puedes presumirlo: una contrata.

GABRIEL

—¿Luego ya no me cabe ninguna esperanza?

BEATRIZ

—¿Te la dí, yo, acaso?

GABRIEL

Con igual amargura.

—Ciertamente. Para mí, hace ya casi un siempre que no tienes mas que decepciones. Pero yo esperaba, yo esperaba, mi Beatriz. Y, mira si es bella la esperanza que todavía espero.

BEATRIZ

Pues haces mal, porque dentro de mes y medio escaso, empezaré a cumplir mis compromisos con una empresa de París. Y ya que se presenta esta nueva ocasión, por última vez te invito a que serenamente...

GABRIEL

Nuevamente exasperado.

—¡Oh!, calla, calla, no sigas, no sigas Eres perversa, eres inícua, eres incapaz de nada noble. No te basta con destrozar mi vida, y tu impasibilidad, tu carencia de todo sentido moral desciende hasta esa repugnante pretensión

de que mi talento se ponga a tus órdenes para vulgaridades degradantes.

BEATRIZ

Con desdén.

—Como ha sucedido en otras ocasiones.

GABRIEL

—¡Oh!, calla, calla. No mientas, no calumnies. Mi talento ha servido siempre para los que aman, para los que esperan, para aquellos en que palpita algún ideal y por él viven y por él sufren.

A unas risotadas de Beatriz.

—¡Vete, vete, degrádate, envilécete!

Abalanzándose hacia ella mientras Pepa cruza la escena corriendo.

¡Vete, digo, porque voy á llegar hasta lo execrable!

BEATRIZ

Que habrá huido aterrada hacia el paso de la balustrada y al tiempo de desaparecer por la misma.

—¡Cobarde, loco!

ESCENA VIII

Salen precipitadamente el Magistral, don Leopoldo y don Anselmo precedidos de Pepa. Todos corren en auxilio de Gabriel que habrá caído en una silla como atontado.

PEPA

—Dios mío si no acierto a pasar no sé lo qué ocurre. ¿No oyeron la discusión, los señores?

MAGISTRAL

—Ni una palabra. A escape, a escape, a avisar a don Ricardo.

Se empieza a oir la música militar.

ARGÜELLES

Sacudiendo a Gabriel.

—Vamos, Gabriel, vamos.

ESCENA ÚLTIMA

Salen Guillermina por la puerta de la vivienda, las mismas muchachas que se ausentaron.

GUILLERMINA

Arrodillándose junto a Gabriel.

—¿No lo dije? ¡Si hice bien en venir cuanto antes! ¡Gabriel, Gabriel, hermano mío!

GABRIEL

Despertando y con la mirada fija.

—¡Oh! La Princesa ya no llorará más.

Aludiendo a la música cada vez cercana.

—¿No oís la alegre marcha de los Cruzados?

GUILLERMINA

Desesperadamente

—¡Gabriel, Gabriel! ¡Un médico, un médico!

MAGISTRAL

Sacudiendo con fuerza a Gabriel.

—¡Gabriel, Gabriel! ¡Es tu música, es tu música, es tu música!

GABRIEL

Luego de pasarse la mano por la frente y con la voz velada por el llanto.

—¡Oh!, ¡qué pena, qué pena, padrino, hermana, amigos! ¡Qué pena! ¡Ahora creía que empezaba a volverme loco!

La música, ya bastante perceptible durante estas últimas palabras, se escucha con toda claridad y en toda su brillantez, mientras el telón desciende a regular velocidad.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Decoración

Estudio de Gabriel. Amplio ventanal. A la izquierda, entre éste y el foro, lienzo de pared en el que estarán colgados un crucifijo y una mascarilla de Beethowen. Una mesa antigua delante de ese lienzo de pared. Cerca del ventanal un piano colocado de forma que no impida la aproximación a dicho ventanal. En las paredes, grabados de escenas artísticas. Una puerta en el foro y otra en segundo término derecha. En la habitación, los muebles necesarios. Ninguno de ellos, moderno. Por la tarde.

ESCENA PRIMERA

Mme. Carmen Duse, Javier Bello y Pepa

PEPA

A Mme. Duse, y a Javier a quienes precede.

—Pasen Vdes. pasen Vdes , D. Luciano no les esperaba tan pronto. De todas maneras

saldrá en seguida si les conviene No creo que tarde mucho en terminar el rezo. Como que el pobre señor está tan delicado, y no puede asistir a coro, cumple aquí sus obligaciones. Además, lo del festejo que van a hacerle al señorito Gabriel, lo tiene muy ocupado. Pero, tengan la amabilidad de sentarse. Avisaré á la señorita Guillermina, para que no estén tan solos.

M. DUSE

Que se expresará con acento extranjero no muy marcado y que a indicaciones de Javier habrá estado examinando la habitación sin apenas preocuparse de los informes de Pepa.

—Si cree Vd. que nuestra presencia ha de causar alguna molestia en éste momento, volveremos. ¿Verdad, amigo Bello?

BELLO

—Ciertamente.

M. DUSE

—Y no avise Vd. a la señorita Guillermina Litrán, si cree Vd. que podemos recordarle cosas triste.

PEPA

—¡Ca!, no señora. Ya, aquí, el señor escultor, sabe que es la señorita Guillermina, quien se encarga de recibir a todos los que, artistas o no artistas, vienen a interesarse por el señorito Gabriel. Con más motivo ha de alegrarse de ver a Vds, a quienes se espera con verdadero interés.

JAVIER

—Mil gracias.

M. DUSE

A Javier, señalando el piano.

—¿Y, éste es el piano del pobre artista?

BELLO

—Este, señora.

M. DUSE

A Pepa.

—¿Y nunca se han notado en el señor Gabriel intenciones de volver a tocar?

PEPA

—Nunca, señorita. Desde que le repitió el ataque de locura, pronto cumplirán cuatro años y medio, un año después de haberse marchado a la Francia la infame de la señorita Beatriz, no ha cantado más éste pobre piano. ¡Y si supieran los señoritos, qué cosas más bonitas tocaba ultimamente D. Gabriel! Estaba inventando una ópera con Don Leopoldo Argüelles ¡Qué bonita función hubiera sido! El piano, cantaba lo mismo que Su Alteza, una de las campanas de nuestra catedral, ¿sabe Vd?

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Guillermina. Esta última sale por la puerta lateral derecha.

GUILLERMINA

A Pepa.

—Seguramente como siempre que viene alguien, ¿verdad?

A Javier.

—¿Qué tal Javier?

Luego de inclinar la cabeza a M. Duse.

—Disculpen Vds. a esta muchacha si es que se entretuvo un poco en avisarme.

Mutis de Pepa, disculpándose mímicamente, por la puerta por donde Guillermina ha salido.

JAVIER

—No tiene importancia. Además, fuímos nosotros quienes de intento la retuvimos, a fin de que Vd. no se molestara.

Presentando a M. Duse.

—Esta señora es M. Duse la concertista eminente, devota de Gabriel, y de quien tanto hablamos la última vez que estuve aquí.

GUILLERMINA

Estrechando ambas manos a madame.

—¡Oh!, sí, la he reconocido enseguida. Sale Vd. exacta en las fotografías.

Con mucha sinceridad.

¡Oh!, señora. No puede Vd. imaginar con qué gratitud la recordamos, por lo mucho que Vd también se acuerda, de nuestro enfermo, en sus programas. ¡Gracias, gracias, señora!

M. DUSE

—No tiene Vd. que agradecerme nada, señorita. Es un hermoso deber, tributar un contínuo homenaje a su hermano. Su hermano, es algo definitivo que resiste muy bien la vecindad de los grandes maestros De no ser así, no hubiera sido posible que Vd. y yo hablaramos de él contorme lo estamos haciendo.

GUILLERMINA

—De todas maneras nuestra gratitud es inmensa. Pero tengan la amabilidad de sentarse.

BELLO

Al tiempo de sentarse como todos

—¿Vino, ya, Don Leopoldo Argüelles?

GUILLERMINA

—No señor.

BELLO

—Es raro. Nosotros debimos llegar aquí en compañía suya, pero como que no acudió á almorzar según le mandamos un aviso, nos adelantamos aún a pique de molestar. Una camarera del Hotel nos advirtió, que ahora, con motivo de la organización del homenaje a Gabriel, por las tardes solía haber muchas visitas. Sentiríamos que nuestra presencia fuera causa de alguna molestia.

GUILLERMINA

—De ningún modo, de ningün modo. Lo que haremos es dar orden de no recibir a nadie fuera de los íntimos.

Llamando en dirección a la puerta lateral derecha.

—¡Pepa!

Que acude en seguida.

—Vd. me manda, señorita.

GUILLERMINA

—A nadie que no sea de los íntimos, recibiremos esta tarde.

PEPA

—Bien, señorita.

M. DUSE

—Y bien. ¿Y su hermano de Vd?

GUILLERMINA

Que a la pregunta de la señora Duse habrá mirado por el ventanal.

—Todavía no se le ve. A la hora del poniente, se sienta aquí cerca, a contemplar los últimos resplandores del sol.

Lo último al tiempo de volver a sentarse.

M. DUSE

—¿Y, ahora?

GUILLERMINA

—Ahora, como siempre, perdido en el jardín, escribiendo notas incoherentes, que luego repite o cree repetir con una ocarina, y que suelen ser motivos suyos o de los grandes maestros. Son los únicos momentos en que se muestra irritado si álguien se le acerca. Su enfermedad, tranquila, desde hace una temporada, no tiene más exigencia, que estos momentos de soledad, durante el día.

BELLO

—Apropósito de esto último, ¿cree Vd. que esta vez podremos trabajar algo, en la obra?

GUILLERMINA

—No sé, no sé. Ya conoce Vd. sus rebeldías súbitas, cada vez que se le quiere someter a algo constante. No habrá más remedio, al final, que valerse de uno de sus mejores retratos, ¿verdad?

BELLO

—Yo no quisiera, con lo adelantada que está: Además, su gesto de hoy es interesantísimo y lo que es mejor, el últtimo.

M. DUSE

—Y decía, Vd. que con una ocarina? ¿Luego es cierta esa anécdota que leí una vez en un diario de Buenos Aires?

GUILLERMINA

—Si, señora. Con esa ocarina, que conservaba desde niño, desde muy niño,—cuando empezó a manifestar sus inclinaciones artísticas—se entretiene en interpretar lo que creyó componer durante la tarde. Luego, cuando ha obscurecido por completo, vuelve junto a nosotros. Es entonces, cuando se deja conducir y dominar a condición de que le fellcitemos. ¡Pobre hermano mío! Hasta para ser enfermo, es bueno. Su obsesión constante, fuera de esas horas de silencio, es pedirle flores y pájaros a todo el mundo.

BELLO

¿Y, el señor Magistral? Nos enteró la sirvienta de que andaba delicaducho.

GUILLERMINA

—No sé, no sé. Yo le cuido con toda mi alma. Quizá es la víctima mayor de éste dra-

ma. Gabriel, es su constante tema. Muy delicado, muy delicado, el pobre, a pesar de lo que ha ganado desde que vive con nosotros. Pero Vds. lo animarán hasta lo excesivo, ¿verdad?

M. DUSÉ

—¿No han visto a su hermano de Vd. nuevos médicos?

GUILLERMINA

—No señora. ¿Para qué? Cuando su enfermedad era violenta, se abrigaron algunas esperanzas de que reaccionara. Se creyó, al principio, que así como la enfermedad fué fulminante, también sería repentina su curación. Pero pasaron aquellos delirios, aquellas exaltaciones, no de una manera brusca, sino gradualmente, como una hoguera que se hubiera ido apagando muy despacio según frase de uno de los doctores. El indicio fatal de la incurabilidad del pobre, lo hallaron unos y otros, en que a medida que la crisis violenta cedía, se borraba de la memoria y de los labios del enfermo el nombre de la que causó nuestra desgracia.

M. DUSE

—¿Y esa mujer no ha vuelto más á Palmadema?

GUILLERMINA

—Cuando la muerte de su tía Angustias intentó volver, pero se logró que desistiera. Ignoro lo que le hubiera ocurrido a juzgar por lo que le pasó a la célebre profesora de canto.

M. DUSE

—Y fueron realmente los escándalos de esa mujer los que influyeron en la desgracia de su hermano?

GUILLERMINA

—¿Quién puede dudarlo? Mi hermano, según uno de los cronistas que se han ocupado de él, fué un artista sin bohemia, que, según el articulista ese, es la experiencia de los artistas. Por eso tal vez, llegó a delirar a esa mujer, a quien por diferencias de edad pudo, querer primero como hermano, con el mismo inmenso cariño con que luego la quiso de ma-

nera distinta. No pudo, pues, resignarse a lo que hizo, pero mucho menos aún a la forma escandalosa en que explotó sus atractivos en los escenarios de París. Un buen montón, forman las revistas de toda clase, en donde se exhibe hasta desnuda y que mi pobre hermano quiso conservar a toda costa. En fin, Vds. mejor que yo sabrán.

M. DUSE

—Yo no he tenido nunca ocasión de conocerla. Mi paso por París, coincidió siempre con ausencias de ella, o con prisas por mi parte. De todas maneras me enteraba de sus escándalos y de que llegó a utilizar como reclamo de su cartel, hasta la desgracia de Vds.

GUILLERMINA

—¡Pobre, pobre hermano mío!

BELLO

—Vamos, vamos, no hablemos más del asunto. Hablemos de otra cosa. Por ejemplo: ¿Cree Vd. que D. Luciano accederá a las pretensiones de Madame, que yo anunciaba en mi carta?

GUILLERMINA

—Tal vez, sí. La otra tarde, anteayer, se trató del asunto, en la tertulia. D. Leopoldo casi logró convencer a D. Luciano. Como la sonata «ELLA» fué lo último que escribió y no está concluída, a padrino le dá miedo exponerla al fracaso. Y como que media además la circunstancia, de que Gabriel se la dedicó, la guarda como un tesoro.

M. DUSE

—¿Es muy bella esa obra, ¿verdad?

GUILLERMINA

—Mucho, señora. Yo no la he podido oir nunca sin derramar muchas lágrimas.

M. DUSE

—No sabe Vd. los anhelos que tengo de conocer esa obra.

GUILLERMINA

—¡Oh!, señora puede Vd. contar con que la conocerá.

M. DUSE

—Y.....

ESCENA III

Dichos, Pepa y luego el Botones

PEPA

Que entra por la puerta del foro.

—Dispensen los señores. El botones del Nuevo Hotel trae una carta.

GUILLERMINA

A la visita.

—Dispensen Vds.

A Pepa.

—Que te la entregue.

PEPA

—Es que una servidora venía a decirle, que el muchacho se niega a entregar la carta, como no sea en las propias manos de D. Luciano.

GUILLERMINA

—Que pase, pues.

A la visita y al tiempo del rápido mutis de Pepa.

—Disculpen, Vds. nuevamente.

BOTONES

Entrando con la gorra en la mano

—Muy buenas tardes. ¿Está el señor?

GUILLERMINA

—¿Qué deseas?

BOTONES

—Pues una carta urgente para D. Luciano

GUILLERMINA

—¿No puedes dejármela? D. Luciano está tan atareado en estos momentos, que ni aün por estos señores, a quienes esperaba, ha podido salir en seguida.

BOTONES

—El caso es que quien me manda traerla, no quiere vaya a parar a otras manos, que á las de D. Luciano.

GUILLERMINA

—Pero, ¿quién la manda? ¿Es alguna señora que haya venido otras veces?

BOTONES

Sin vacilar.

—¡Quiá!, no señora: es la viajera del trentidós, que llegó anoche dos trenes después que los señores.

GUILLERMINA

—Pues quedamos enterados.

BOTONES

—Es que no sé como se llama. *Tié* un nombre *mu* raro. Apenas se la ha visto porque no ha *salio* del cuarto donde ha *comío* y eso a media luz y con la cara *tapá* con una gasa

porque dice que está *mu delicá*. No ha *querío* más camarera que la francesa.

Con mucha ampulosidad.

Nosotros, el personal de oficinas, ¿sabe *usté?* suponemos o que es *mu* fea, o que está loca, o que está esperando a la policía. Porque vamos, nosotros, el personal de oficinas, con la experiencia de visualidad que tenemos, la verdad, no podemos comprender, porque vamos, se le resiste a uno....

GUILLERMINA

Frenando, por fin.

—Bueno, bueno, basta. Salgamos de dudas.

BOTONES

Apocado.

—Vd. disimule.....

GUILLERMINA

A Pepa.

—Condúcele junto al señor, pero pregunta antes si puede recibirle.

Mutis de ambos por la puerta lateral derecha.

A M. Duse.

—¿Decía Vd., señora, cuando llegó ese muchacho? ..

M. DUSE

—Iba a preguntar a Vd si álguien conoce esa obra última de su hermano, en Palmadema.

GUILLLERMINA

—Sí, señora. D. Anselmo Suárez el primero y único maestro de mi hermano.

JAVIER

—Ese señor Suárez, es pariente del viejo compositor de zarzuela grande?

GUILLERMINA

—Es el mismo. Las otras veces que estuvo Vd. aquí dió la casualidad de que se hallaba en el campo. El pobre está, ya, muy viejo.

BELLO

—Si debe serlo, porque sus obras apenas

se cantan. Mi pobre padre, era un entusiasta de la música de ese señor. Mucho celebraría conocer a ese viejo artista.

GUILLERMINA

—Pues pronto podrá Vd. ser complacido, porque ya va siendo hora de tertulia.

PEPA

Entrando por el foro.

D. Leopoldo Argüelles, que está abajo, que si los señores han terminado de hablar con D. Luciano. No quiere pasar, porque dice, que en caso de que no hayan hablado los señores con D. Luciano, volverá dentro de un rato.

BELLO

Levantándose.

De ningún modo, que pase. Voy yo mismo a buscarle. ¡Argüelles, Argüelles! Vamos entre Vd.

GUILLERMINA

—Vd. conoce a D. Leopoldo Argüelles?

M. DUSE

—Sí, señora. Anoche, a nuestra llegada, me lo presentó el señor Javier.

ESCENA IV

Dichos y don Leopoldo

DON LEOPOLDO

Que entra por el foro en compañía de Bello.

—Creí estorbar y por eso me marchaba.

Después de saludar con familiaridad a Guillermina y dirigiéndose a M. Duse.

—¿Cómo descansó Vd., señora?

M. DUSE

—Muy bien, gracias. ¿Cómo no vino Vd. a almorzar con nosotros?

DON LEOPOLDO

—Porqué se me pasó la hora. Es decir, diré á Vd. la verdad: porque creí que a la hora

convenida para almorzar, no estarían Vds levantados. ¡Llegaron Vds. tan rendidos! ¿Y qué le ha parecido esto señora?

M. DUSE

—Muy interesante, muy interesante.

ARGÜELLES

—¿Pasearon mucho?

BELLO

—Bastante, amigo Argüelles. Y crea Vd. que cada vez me sorprende menos que no extrañe Vd. nuestro Madrid y comprenda más que nos hable de esto como nos habla, en sus deliciosas crónicas.

ARGÜELLES

—¿Y a Vd, señora, le parece eso, también?

M DUSE.

—También. Aunque frecuente las viejas ciudades, esta, por la primera impresión, me ha

complacido mucho. Es, ¿cómo diré, yo?, una ciudad antigua, pero no vieja. Es una ciudad simpática, como esas ancianas de pelo blanco y ojos azules.

ARGÜELLES

—Sí, en efecto. Palmadema es una anciana de pelo de nieve, de ojos azules y de cara muy alegre. Pero se están empeñando en destruir sus encantos venerables. En estos antiguos refugios, cada construcción de ese horrible gusto de ahora, significa lo que en esa anciana respetable a que aludíamos, significaría el adornarla con colorines impropios de su edad. ¿Visitaron la Catedral?

BELLO

—Todavía. Para esa visita como para todas las demás, le secuestramos a Vd. Madame quería subir esta misma mañana a la torre de la leyenda, pero desistimos porque se nos indicó que no era hora oportuna.

ARGÜELLES

—Pues subiremos cuando Vds. quieran. La hora mejor para subir es un poco antes de

vísperas. Es una hora radiante que en estos quietos días de Febrero, invita a la meditación.

Con entonación natural, pero sentida.

Palmadema, empapada de sol, los campaneros dormitando, el cielo sin una mancha, el mar raso, todo, intacto, da la idea de como si la vida se hubiera extasiado de sí misma. Y en medio de esa calma estupenda, lo que más emoción causa es golpear aunque sea levemente nuestra famosa campana, porque es entonces la sombra de algún pasmado gato, la que huye de aquella novedad, o algún pájaro el que rasga el aire momentáneamente sobrecogido, o, allá abajo, en las viejas casas, por detrás de algún vitral, algún rostro, el que mira hacia arriba, atónito de que en aquella hora en que la ciudad toda reposa, como si hubiera concluído de comer opiparamente, alguien o algo cometa la irreverencia de empañar, con aquel dulce rumor, aquella soberana quietud.

BELLO

—Pues entonces, por lo que oigo, Vd. ya no volverá más a nuestro Madrid.

ARGÜELLES

—Creo que no. Aparte otras razones, yo no sé comprender, como poeta, el encanto de vivir siempre en una gran población; como no creo que un elegante, como tal elegante, pueda comprender el encanto de vestir siempre de frack. Vivir habitualmente en una gran ciudad, haríame el efecto de apurar la vida de un solo trago, de existir y no de durar, al paso que residir en estos quietos retiros, me hace el efecto de que la vida se va agotando a pequeños sorbos, como se agota el vaso de un raro, de un antiguo y sabroso vino. Ignoro si esto convencerá, o no, por juzgarse demasiado lírico; pero es lo cierto que estas opiniones, han arraigado definitivamente en mí, desde la desgracia de nuestro Gabriel. ¿Serían, en efecto, tan profundos y tan sagrados nuestro dolor y nuestra devoción hacia el insigne desgraciado, en un Madrid, en un París, en un Londres, etc., donde todo, aún lo sublime, ha de ser efímero, porque son muchas las cosas que tienen concedido el turno para la notoriedad?

Pausa.—Consultando el reloj.

—Pero, ¿y ese bueno de D. Luciano?

GUILLERMINA

Levantándose.

—Voy a ver. Está, desde hace un rato, hablando con el botones del Nuevo-Hotel. Con permiso.

Mutis por la lateral.

ESCENA V

Dichos y don Anselmo

DON ANSELMO

Muy achacoso, entra acompañado de un criado y avanzando con dificultad.

—¡Buenas y santas tardes!

BELLO

Que ayuda al criado a despojar al viejo del gabán y de una gruesa bufanda.

—¡Buenas y santas! Vd. es D. Anselmo Suárez, ni que preguntarlo tengo.

DON ANSELMO

Con mucha pausa y con la voz cansada.

—En efecto, caballero.

Arreglándose los espejuelos y examinando con gran atención a Bello.

—Pero, yo no recuerdo de Vd. Yo creo que nunca hemos sido presentados. Pero no lo tome Vd. en consideración, porque mi memoria y mi vista, cada día se apagan más.

BELLO

—No se preocupe Vd.

Al tiempo de abrazarlo.

—Permítame Vd. que le abrace. Quién me presentó a Vd. fué mi padre.

DON ANSELMO

Arreglándose otra vez los espejuelos y obstinándose cada vez más en reconocer a Bello.

—¿Su papá de Vd? Pues no recuerdo tampoco.

BELLO

—Pues mi pobre padre sí recordaba mucho de Vd. Mi padre era un gran entusiasta de su música. Los motivos de las zarzuelas de Vd. le servían para manifestar sus menores emociones. Por ejemplo: Aquella romanza del pirata que jura vengar su honor y que sino recuerdo mal, dice así:

Canturreando.

«Vengaré mi honor manchado»
«con la muerte del raptor.. »

—¿No es así?

DON ANSELMO

Con muchísima emoción.

—¡Oh! sí, sí. Ahora comprendo. ¿Y, por lo visto, su papá de Vd ha muerto?

BELLO

—De viejecito murió hace tres años.

DON ANSELMO

—¡Uno más! ¡Cómo ha ido muriendo todo mi público; y yo todavía en pie. En verdad,

que nosotros, los artistas, modestos o sublimes, debiéramos desaparecer con nuestra obra. Las ruinas no sientan bien más que a los templos y a los palacios. Mi esperanza única, de que esa obra a que aludía Vd.—«La Venganza del Pirata»—se representará, una vez más en Madrid, acabó cuando el trastorno de Gabrielito. El me prometió que cuando hubiera ido a Madrid, a dirigir la misa que le fué premiada, va para cinco años, procuraría, por todos los medios, una representación más de esa obra en recuerdo de haber sido yo, su primero y único maestro.

BELLO

—Pues no hay nada perdido, D. Anselmo. Yo, aunque escultor, cuento bastantes íntimos entre los músicos y gente de teatro.

DON ANSELMO

—Muchas gracias, muchas gracias, caballero. No se moleste Vd. Estando Gabrielito, así, cualquier homenaje me sabría a responso o a funeral.

Después de una pausa breve y advirtiendo a Madame Duse.

¿Y esta es sin duda la señora Duse?

BELLO

—En efecto: la gran artista devota del pobre Gabriel.

DON ANSELMO

Correspondiendo al espontáneo saludo de Madame que le tiende ambas manos.

—¡Oh, señora! Cuánto agradeceré a Vd. una audición de una de las obras de Gabriel.

M. DUSE

—Cuando Vd. guste, caballero.

DON ANSELMO

—Bien, bien, ya habrá ocasión, gracias.

Una breve pausa.

—¿Y Guillermina?

ARGÜELLES

—Fué a ver lo que le ocurre a D. Luciano.

DON ANSELMO

—¿Y no le han visto Vds. todavía?

ARGÜELLES

—Si se refiere Vd. a Gabriel, no señor.

DON ANSELMO

—Pues ya debe haber tomado asiento, donde de costumbre.

Levantándose y mientras se dirje al ventanal.

—Vamos, a ver si está.

Junto al ventanal y después de haber levantado la cortina.

—¡Chist!, ahí está, ahí está.

Todos se acercan al ventanal.

M. DUSE

Mirando hacia fuera con gran emoción.

—¡Oh!, qué desmejorado está. Ya no se parece a los retratos.

DON ANSELMO

Cada vez con mayor sentimiento.

—Calle Vd. calle Vd. Le haremos tocar.

M. DUSE

Con mucha emoción.

—¡Oh! no, pobre artista.

ARGÜELLES

—No se preocupe Vd. señora. Es una de las mayores satisfacciones que se le pueden proporcionar.

DON ANSELMO

—Como que se pasa las tardes escribiendo notas, para que luego se las hagamos repetir.

Abre el ventanal, hablando hacia afuera.

—¡Eh!, Gabriel, Gabrielín. ¿Cómo fué la inspiración esta tarde? Aquí, un señor príncipe, y una señora princesa, desean escuchar tus tocatas.

A M. Duse que se enjuga los ojos.

—Ya alegra la cara, ya alegra la cara. Al revés de cuando nada le decimos.

Volviendo a mirar al jardín y después de haber escuchado.

—¿Qué? .. Sí, Gabrielín, sí. Ahora mismo, es cuando quieren el señor príncipe y la señora princesa, oir lo que esta tarde usurpaste á los pájaros y a las fuentes.

ARGÜELLES

A M. Duse.

—Hay que hablarle así para que obedezca. A veces improvisa muy bellas melodías.

DON ANSELMO

Imponiendo silencio.

—¡Chist!

Se escuchan las notas dulces de una ocarina que, a poco de iniciar un cantable, cambia de tema. Todos escuchan conmovidos. En tanto por el foro aparece Beatriz, muy pálida,

muy desmejorada. Viste ricamente pero con seriedad. Contiene frecuentes accesos de tos. Detenida en la puerta, escucha, también dando muestras de dolor y sorpresa. Transcurridos unos momentos aparecen por la puerta segundo término derecha, Guillermina, el Botones y don Luciano. Este último muy achacoso.

ESCENA VI

GUILLERMINA

Gritando al darse cuenta de Beatriz.

—¡Jesucristo!

BOTONES

—¡Calla! Si es la del treintidós.

Los del ventanal se vuelven rápidamente. La música va cesando de un modo gradual. Don Luciano recobra una carta que el Botones lleva en la mano. Luego, con gran calma, se dirige al ventanal y después de unos saludos mímicos exclama:

DON LUCIANO

—Tengan Vds. la bondad de esperar allá dentro.

GUILLERMINA

Presa de gran agitación.

—Sí, sí, esperen Vds., esperen Vds.

Cada vez más suplicante.

—No se vayan, que tengo mucho miedo.

Todos se retiran por la puerta segundo término derecha. Una vez el mutis, el Magistral, siempre con gran calma y sin mayor caso de Beatriz que, luego de unos sollozos, asiste a la escena con más sorpresa que dolor, cerrará todas las puertas y tomando al fin asiento junto a la mesa de trabajo exclama después de encender una lámpara eléctrica y cuando apenas se perciben las notas incoherentes de la ocarina.

—Y, bien.

Pausa y con mayor entereza aún.

—¿Por qué no aguardó Vd. mi contestación?
—¿Con qué permiso ha venido Vd. a esta casa?

BEATRIZ

Con relativa humildad.

—Don Luciano: un poco de piedad, aunque sea sólo el tiempo de oirme. Yo he llegado aquí, sin permiso de Vd. ni de nadie, porque luego de escrita mi carta, he calculado que Vd. no querría recibirme.

MAGISTRAL

Sin mitigar su actitud severa.

—Pues se equivocaba Vd. por completo.

BEATRIZ

Con gran extrañeza.

—¿Hubiera Vd. accedido a recibirme?

MAGISTRAL

Con la misma sequedad.

—Contestaré a Vd. con uno de los párrafos de la carta que le remitía por el empleado del Hotel.

Abre la carta, busca unos momentos y lee con recia entonación.

—«De no escribir Vd. con la habilidad con que me escribe, con toda seguridad me hu-

biese negado a recibirla. Pero ya que invoca Vd. el recuerdo de la bondad del Nazareno, para con María Magdalena, quiero seguir el divino ejemplo, a cambio de una imprescindible exigencia. Vd. vendrá a esta casa, una vez dignificada por el sacramento de la Confesión. Puede Vd. dirigirse, con ese objeto, al venerable P. Céspedes, de la iglesia de S. Agustín, y puede Vd. expresar al mismo tiempo, a dicho venerable sacerdote, el motivo de su venida a esta casa.

Recalcando las últimas palabras.

.. pues no acertamos a explicarnos lo que Vd. se propone con esa visita, que juzgamos una profanación de éste dolor nuestro, tan inmenso como nuestra desgracia.»

A Beatriz y con la sequedad de antes.

—¿Se convence Vd. de que se juzgaba equivocadamente?

BEATRIZ

Que habrá exteriorizado gran disgusto mientras escuchaba la lectura de la carta.

—De lo que me convenzo, señor mío, es de que, dado el importante objeto que me trae hasta aquí, hice muy bien en llegar antes de leer esas palabras que acabo de escuchar.

MAGISTRAL

Conteniendo la cólera y con voz trémula.

—¿Cómo? ¿Qué quiere Vd. decir?

BEATRIZ

Con ironía y con despego.

—Quiero decir, que acaso hubiera juzgado excesivos esos requisitos para imitar la conducta del Redentor,

MAGISTRAL

Sin decaer en su solemnidad.

—Ha seguido Vd. acaso, el de María Magdalena, abatiéndose a mis pies?

BEATRIZ

Después de una pausa y un poco desconcertada.

D. Luciano: yo he comenzado suplicando piedad. Yo no vengo aquí a una escena de novela.

MAGISTRAL

Con más calma y con ironía.

—¡Ah! Eso es precisamente lo que me proponía averiguar con las exigencias de mi carta, que Vd. ha tenido la amabilidad y el respeto de echarme en cara. Yo tampoco soy amigo de esas novelerías a que Vd. se refiere. Si exigí la dignificación de Vd...

Repitiendo las últimas palabras con mayor altivez ante un brusco movimiento de Beatriz.

...la dignificación de Vd., por medio de la penitencia, era en la absoluta seguridad, de que Vd., no se allanaría a ese detalle. Era, porque adiviné en seguida que ese viaje de Vd. a esta tranquila tierra, en ocasión del homenaje que proyectamos para el pobre loco, fué planeado sin duda, durante la sobremesa de alguna de esas francachelas decadentes, a que tiene Vd. acostumbrado a su público de París.

Con mucha lentitud y con mucha amargura.

Y no me equivoco, no. Alguien, en medio de una orgía de esas, chorreado el frack, con la baba de la embriaguez y de la degeneración, propuso a Vd. una empresa difícil, sí. No se trataba de asistir a un antro de apaches, ni a iniciación espiritista, no. Eso ya resultaba anticuado. La empresa propuesta, fué la de venir a afrontar las iras de este pueblo pacífico que adora en el pobre loco, y luego regresar airosa, para añadir un nuevo trofeo a sus triunfos de cortesana.

Cada vez con emoción mayor.

La idea prosperó, fué festejada con la ovación cretina y el clamoreo concupiscente. Y un día, cualquiera, su audacia de Vd. la decide a adquirir un billete para España.

Con fatiga creciente.

. y..... y, luego, esto de ahora y después el telégrafo, y más tarde el escándalo y, por fin, el anhelado reclamo.

Rompiendo en sollozos.

—Y todo eso, a costa de unos desventurados, que no hicieron a Vd., nunca el menor daño.

BEATRIZ

Contrariada.

—Y todo eso sin el menor derecho a afirmarlo, sin la menor prueba.

MAGISTRAL

Con asombro marcadísimo y reaccionando.

—¿Sin el menor derecho a afirmarlo? ¿Pero ha dicho Vd. sin el menor derecho a afirmarlo?

Con gran ironía.

Sí, sí, es verdad. Nadie tiene derecho a creer de Vd. cosas perversas. No, no. Vd. es una criatura ejemplar, que ha sacrificado sus años floridos en el recinto de un hospital, o en el raso peligro de un campo de batalla. Vd. ha desfigurado su juventud en aras del bien, de la caridad

Recalcando las palabras que siguen.

Vd. ha prestado celebridad al nombre de su país, con ejemplos de virtud, de inagotable bondad, de indiscutible heroismo. Todo cuanto contaron de Vd., unos y otros eran perfidias y despechos que nacieron de la fortaleza de Vd., contra todas las deslumbradoras tentaciones. En París, no se le conoce a Vd. más que como a una continuadora de la santa doctora de Avila. La conducta de Vd., en Francia, pone hasta en peligro la sagrada celebridad de Juana de Arco. No fué Vd , aquella inícua mujer, que al enloquecer a un hombre, malogró un prestigio. No fué Vd., aquella hembra funesta, que al herir de muerte a un pobre romántico, le causó a su pueblo, el propio daño que le causaría un malvado cualquiera al destruir el cuadro, la estátua, la obra de arte, en fin, en virtud de la cual el nombre de ese pueblo, ocupara un lugar preferente en la celebridad artística. No. Vd. no es esa. Vd. puede pasear libremente por las calles de Palmadema, en la seguridad de que, desde su Ilustrísima, hasta el más humilde bracero, todos han de bendecir su paso y celebrar su presencia.

BEATRIZ

Con ira.

—¡D. Luciano!

MAGISTRAL

Sin perder la calma ni suavizar la ironía.

—¿Que, señora? ¿No puede Vd. resistirme, o no puede Vd argumentarme? ¿La molesto, señora? ¿Yo, un humilde beneficiado, un clérigo de esta desdichada España? ¿Yo, el insignificante, preocupando a la poderosa, que ha rendido a sus plantas a tantos ilustres crapulosos? ¡Ah!, señora. Vd. ha perdido la noción de sí misma. Vd. parece hallarse, delante de su conciencia, que por fin le reprocha unicamente el delito de haber nublado una inteligencia, porque ese solo delito, que le sirvió a Vd., hasta para la fascinación de beodos y hampones de levita, hace bueno el reverso de su pintoresca primavera.

A un movimiento de impaciencia de de Beatriz.

—No, no; si ya termino, señora. No tengo ningún interés, en prolongar esta entrevista

que por parte de Vd., no significa más que la nueva excentricidad que ha de colmar la vanidad de algún amante snob, o los cálculos de algún empresario sagáz.

BEATRIZ

Con la voz sombría.

—D. Luciano, por Dios se lo suplico. No haga Vd. que mi visita a esta casa sea inútil. Tenga Vd. en cuenta, siquiera las lágrimas que me ha visto derramar.

MAGISTRAL

Con gran energía.

—Las lágrimas, no, señora. Unas cuantas lágrimas nada más. Eso de las lágrimas dicho así, con esa familiaridad, sólo tenemos derecho a decirlo, aquellos que destilamos nuestra amargura en todas nuestras miradas, en todos nuestros gestos, en todos nuestros instantes. Vd. ha llorado como lloraría, si la escena, que ha presenciado al entrar aquí, la hubiera presenciado en un teatro.

A un movimiento negativo de Beatriz.

—Sí, sí. Ya sé, que las cortesanas también lloran cuando una rival luce un collar mejor, o cuando un truhán perece en una refriega con la policía. Pero esas lágrimas, no son del alma. Esas lágrimas, sólo sirven, por lo poco que significan, para emborronar un momento la monotonía del hastío dorado, o para enrojecer las mejillas, con algo que no sea el bermellón del diario maquillage. ¿Se convence, Vd. de que no puede enseñarme, qué cosa es llorar, ni qué cosa son lágrimas?

BEATRIZ

—¡Oh! Esto es impropio, desesperante. ..

MAGISTRAL

Interrumpiendo.

—¿Impropio de que, señora? Acabe Vd. de decirlo, porque lo esperaba. ¿Impropio de un ministro de Jesucristo, acaso? Pues ¿qué quería, Vd., criatura? ¿Quería Vd. acaso, la escena de novela a que aludía, y en la que unos sollozos histéricos y unos acentos desmayados, liquidan, de buenas a primeras, toda una historia dolorosa? ¿Eso quería Vd.?

BEATRIZ

—Lo que yo quería era piedad, ya que yo la tengo con todos, que en mis manos está, sépase de una vez, la destrucción de toda una leyenda de bondad, de inmaculada honradez.

MAGISTRAL

Muy descompuesto.

—¡Ah!, también esperaba esos equívocos, también. Venga, venga, esa destrucción si se cree Vd. capaz, venga.

BEATRIZ

Despues de vacilar un momento aparte y con la voz sombría.

—¡Pero no, pero no! Su leyenda de bondad y la tranquilidad de éste viejo son más interesantes que mi rehabilitación!

A don Luciano y con humildad.

—¡Piedad, piedad, D. Luciano!

MAGISTRAL

—¡Ah!, vamos. ¡Piedad, piedad! ¿Pero qué entiende Vd. por piedad, desventurada? ¿Pero por qué diabólica obstinación, se empeña Vd. en recordarme, primero, lo que es llanto y luego lo que es la piedad? Es que situarla a Vd., cara a cara con su conciencia, no es un acto de piedad? Vd. se olvida de que no está Vd. esta tarde en su habitual tertulia. Vd no sabe, o se resiste a darse cuenta de que esta tarde, no está Vd. de charla con un cura inflexible, no, sino con la conciencia, que es lo único que no puede sobornarse en la vida. Y por ello se irrita Vd., se desespera, se revuelve y se atreve hasta a recordarme que soy un ministro de aquel que ofreció la mejilla, no afrentada, para agradecer el oprobio de que fué objeto la otra.

BEATRIZ

Otra vez iracunda y desesperada.

—No puedo más, no puedo más

Tosiendo repetidas veces.

—¿Y esto, tampoco esto, me sirve de garantía?

MAGISTRAL

Con mucha solemnidad.

—¿De garantía de qué, señora? ¿De garantía de que para llegar a esa tos, unicamente para llegar a esa tos lastimosa, ha despedazado Vd. un hermoso poema de gloria, ha ocasionado Vd. una tragedia más?

BEATRIZ

Como alocada.

—¡Ah!, esto no es cristiano, no puede ser cristiano....

MAGISTRAL

—Tiene Vd. razón, tiene Vd. razón. Esto de esta tarde no es más que una cosa: ¡conciencia! Hora era ya, de que escuchara Vd. algo, que contrastara con la música a que se habían habituado sus oídos. Hora era ya, de que se mirara Vd. en unos espejos distintos, de aquellos que le cuentan si las lozanías mentidas,

sientan hoy mejor que ayer. Vd. por lo visto venía en busca de la escena de novela y se ha encontrado con la realidad cruda, escueta.

BEATRIZ

Suplicante y llorosa.

D. Luciano, por Dios, que no puedo más. Vd. no sabe nada de mi historia, cuando me supone en tamaña depravación. Vd., acaso se ha atenido a referencias. ¡Oh!, no puedo más, no puedo más. Piedad, porque acaso los chismes y las calumnias, pudieron exagerar la realidad. Sí, sí, se ha mentido mucho, se ha exagerado más.

MAGISTRAL

Mientras saca un paquete de la mesa y lo desenvuelve.

—¿Qué se ha mentido, qué se ha exagerado

Mostrando a Beatriz, una a una y nerviosamente, unas revistas ilustradas.

—¿Y esto, desventurada? ¿También esto miente? ¿También esto exagera?

BEATRIZ

Que de momento se habrá quedado aterrada y que por fin se abalanzará sobre las revistas, gritan lo.

—¡Ah! ¿Pero Vd. guardaba eso? ¿Pero aquí se conocía eso? ¿Eso de la época de mis locuras? Pero, ¿Gabriel vió esto, diga Vd., Gabriel contempló esto?

MAGISTRAL

Con solemnidad.

—¡Hasta que el último destello de su razón se lo permitió!

BEATRIZ

Arrojándose a los pies del Magistral y sollozando desesperadamente.

¡Piedad, piedad, piedad! Yo juro a Vd. por Dios, porque en él es en lo único que ya creo, que yo he venido a esta casa, con un fin muy distinto del que Vd. se figura. ¡Piedad, piedad!

MAGISTRAL

Conmovido y ayudando a levantar a Beatriz.

—¡Ahora sí! ¡Dios te perdone!

Se empiezan a escuchar de nuevo las notas incoherentes de la ocarina.

BEATRIZ

Alocada.

¡Él! ¡Quiero verle, necesito verle!

Con acento desfallecido y hablando cuando la tos se lo permite.

—¡Ahora que Vd. me cree, porque ahora Vd. me cree, ¿verdad?, le diré a lo que vengo. Un médico, en París, cree posible que si Gabriel me ve, recobre la razón. Cuando otro médico me ha advertido del peligro que corre mi vida, yo he decidido dar éste paso, para ver de remediar el mal causado sin propósito de causarlo, créalo Vd.

MAGISTRAL

—Sí, sí, ahora te creo.

ESCENA VII

Aparece Gabriel por la puerta del foro. Sonríe estúpidamente. Cuando Beatriz se da cuenta de la presencia del loco lanza un grito: Gabriel no hace el menor caso.

BEATRIZ

Dirigiéndose a Gabriel y gritando:

—¡Gabriel, Gabriel, Gabriel Litrán!

GABRIEL

Con la voz helada y con su inalterable sonrisa.

—¿Por qué me riñe esta señora, padrino?

A los gritos de Beatriz han acudido los demás personajes que se ausentaron.

ESCENA ÚLTIMA

BEATRIZ

Cada vez con mayor desconsuelo.

—¡Gabriel, Gabriel mío, Gabriel!

Imperturbable.

—¿Por qué se incomoda la señora princesa? ¿No es linda, hoy, mi melodía? Lo será otra vez. Hoy eran muy pocos los rumores y los trinos. Ayer acabé con casi todos. Otro día será.

BEATRIZ

Con el mismo desconsuelo,

—¡Gabriel, Gabriel, mi Gabriel!

GABRIEL

¡Ah! Esta señora se enfada conmigo y me riñe. Pero yo la perdono, padrino, porque ella me traerá pájaros y me traerá flores.

BEATRIZ

Que cada vez se obstinará más en que Gabriel la reconozca.

—¡Gabriel, mi Gabrielín! ¡Soy yo, tu Beatriz, tu ensueño de amor!

GABRIEL

Fijo en su idea última.

—¡Sí, sí, yo la perdono, a cambio de unos tulipanes y unos gilgueros que hacen falta! Pero, de todas maneras, yo voy a ensayar otra vez mi melodía.

Se abre paso entre los concurrentes y desaparece por la puerta segundo término derecha.

BEATRIZ

Con la voz cada vez más desfallecida.

—¡Gabriel, ¡Gabriel! ¡No me oye, no me oye! ¡Es todo mi pasado, y el pasado no oye!

Se perciben de nuevo, aunque muy débiles, las notas, como siempre incoherentes, de la ocarina mientras Beatriz, asistida por D. Leopoldo Argüelles, se dirige a la puerta del foro pronunciando las últimas palabras del cuento. Telón a regular velocidad.

TELÓN

3 0112 098522672

TIPOGRAFÍA DE J. TOUS.
San Bartolomé, 32
PALMA DE MALLORCA